

1477. 25-21

F. GIL DE AINCILDEGUI

Fábulas

Premiadas

Tip. "La ..."



FERMIN GIL DE AINCILDEGUI

FÁBULAS

Premiadas en los Juegos Florales celebrados
en el Círculo Literario de Almería, en Agosto de 1896.

LEMA.

«Quien haga aplicaciones.....»



ALMERIA

—
Tipografía "La Provincia,"
Navarro Rodrigo, 11.





El Buitre y el Aguila.

Fábula I.

Un buitre viejo, tan viejo
que ya ni fuerzas tenía
para matar un vencejo,
«¡Contéplate en este espejo!»
á un águila le decía.

«Estoy tan flaco y tan mal
que no guardo ni señal
de haber sido lo que fui.
¡Llegará un día en que á ti,
te venga á ocurrir igual!

Para vivir y nutrirte,
de la fuerza y el vigor
de otros tendrás que servirte.

Y, á propósito: á pedirte
voy un pequeño favor:

Tengo en lugar apartado
un galápago encerrado
que ayer conseguí aturdir;
pero, por más que he intentado,
no lo he podido partir.

Ya que ves mi ancianidad,
vente y hazme la bondad
de matarlo. ¿Te decides?
Si lo matas y divides,
tuya será la mitad.»

Haciendo un gesto expresivo
de magestad ofendida,
el águila en tono altivo
dijo:—«¿Yo quitar la vida
á ese ser inofensivo?

¿Tan ruin concepto de mí
tienes formado, insensato?
¿Por quién me has tomado, dí,
para proponerme así
hacer un asesinato?

Ese que haciéndome estás
es un insulto que no
te perdonaré jamás.

¡Un asesinato yo!

Vamos... ¡no faltaba más!»

—«No era mi ánimo insultarte

—dijo el otro—; qué ha de ser!

Lo que acabo de contarte,

solo es la primera parte

de lo que pensaba hacer.

Yo conozco el paradero

de un cordero... ¡qué cordero!

¡Para tí era la mitad!

Pero, no sigo, no quiero

ofender tu dignidad!»

Como el águila cediera

en su actitud, hasta aquí

arrogante y altanera,

el buitre siguió:—«Pues, si:

¡el cordero es de primera!

Yo ya estoy hecho un *petate*,

y como á tí mi deseo

te parece un disparate,

me voy á otra parte; ¡creo

que encontraré quien lo mate!»

Y al ir la espalda á volver,

el águila dijo:—¿A ver?...

¡Ya estoy viendo que es verdad!

Es tanta tu ancianidad
que no te puedes mover.

Verte me dà compasión
y me duelo de tu estrella.
Accedo à tu petición;
mas con esa condición:
la mitad...

—Cuenta con ella!

Y sin más explicaciones,
fuése aquel par de bribones
por las presas indicadas,
cogidos de los alones
cual dos buenos camaradas.

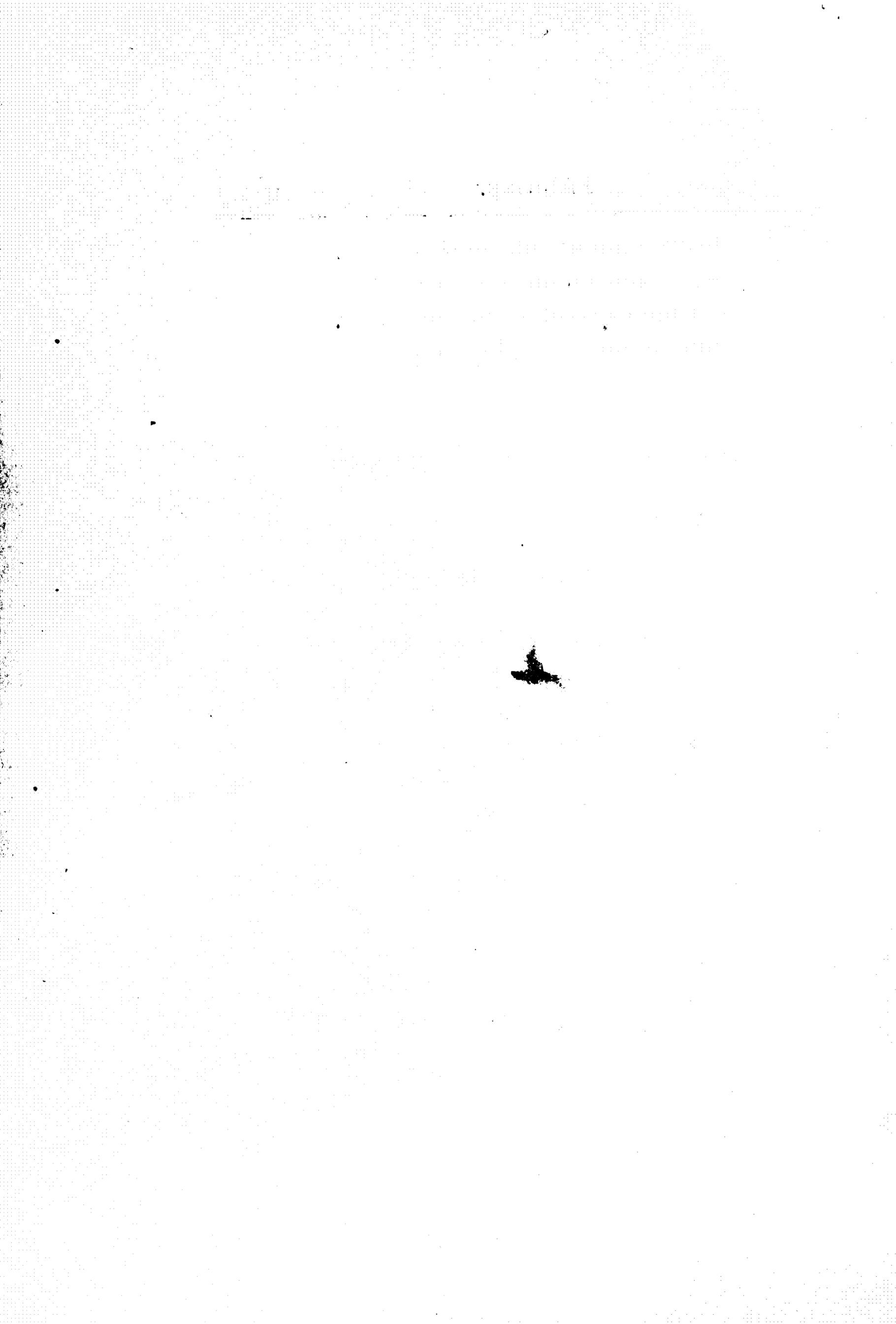
—

No es necesario que os cuente
si fué ó no fué el desayuno
de ambas aves excelente.
Lo que sí juzgo oportuno
es el consejo siguiente:

Si alguien de ponerse trata
en los cuernos de la luna
y empieza à daros la lata
con que rechazó más de una
proposición insensata,
no le elogieis en la idea

de que quien tanto *gallea*
es, de puro honrado, loco;
porque es posible que sea...
¡que le han ofrecido poco!







El labrador y el guano.

Fábula II.

Aun cuando la trabajaba
con inusitado ardor,
escaso fruto sacaba
de su hacienda un labrador.

Por más que se desvivía
en labrarla de fé lleno,
su trabajo desmentía
la ingratitud del terreno;...

porque era el terreno aquel
en dar frutos tan tacaño,
que nunca sacó más de él
que tres mil reales al año.

—¡Ve, Señor—de pesar loco

clamaba en sus soledades—
que no puedo con tan poco
cubrir mis necesidades!

Haz que no se muestre hostil
el terreno á mi labor,
y que en vez de los tres mil
me rinda seis mil, Señor!»—

Y Dios escuchó su ruego:
pues, muy oportunamente,
leyó el anuncio el labriego
de cierto guano excelente,
que era, gracias al poder
de su virtud especial,
capaz él solo de hacer
un verjel de un erial.

Aunque era pobre en extremo,
del descubrimiento ufano,
hizo un esfuerzo supremo
para adquirir aquel guano.

Si grande fué el sacrificio
hecho por el labrador,
resultó que el beneficio
fué muchísimo mayor;

pues con la fuerza prestada
por el guano, parecía

cada planta un bosque y cada
moniato una sandia.

Y ¡claro! de esa manera
es como solo me explico
que de la venta obtuviera
dos mil pesetas y pico.

Como aquello superaba
en mucho á la cantidad
en que al principio tasaba
toda su felicidad,

juzgareis que, en consecuencia,
en dar pensó enternecido
gracias á la Providencia
por el favor concedido.

Pues si era así de esperar
pensando piadosamente,
él ¡qué hizo! darse á pensar
de la manera siguiente:

—«Pues señor, bueno es el guano;
y ahora que medito yo,
resulta que está en mi mano
el enriquecerme ó nó.

No hay más para hacerme rico
que abonar con abundancia,
porque si el guano triplico,

triplicaré la ganancia.»

Y así, de esperanzas lleno
y del éxito seguro,
tan bien abonó el terreno,
que era aquello guano puro.

Sembró... Con el pensamiento
queriendo abreviar la fecha
portadora del momento
de recoger la cosecha,

trabajó lleno de ardor
un día tras otro día,
pero... nada... no señor,
la tierra no producía.

Al ver que en vano regaba
con su sudor el plantío,
lleno de dolor gritaba:

—«¡Pero qué es esto, Dios mío!»

Y era la razón sencilla
que el hombre indagaba en vano,
que abrasaba la semilla
la misma fuerza del guano.

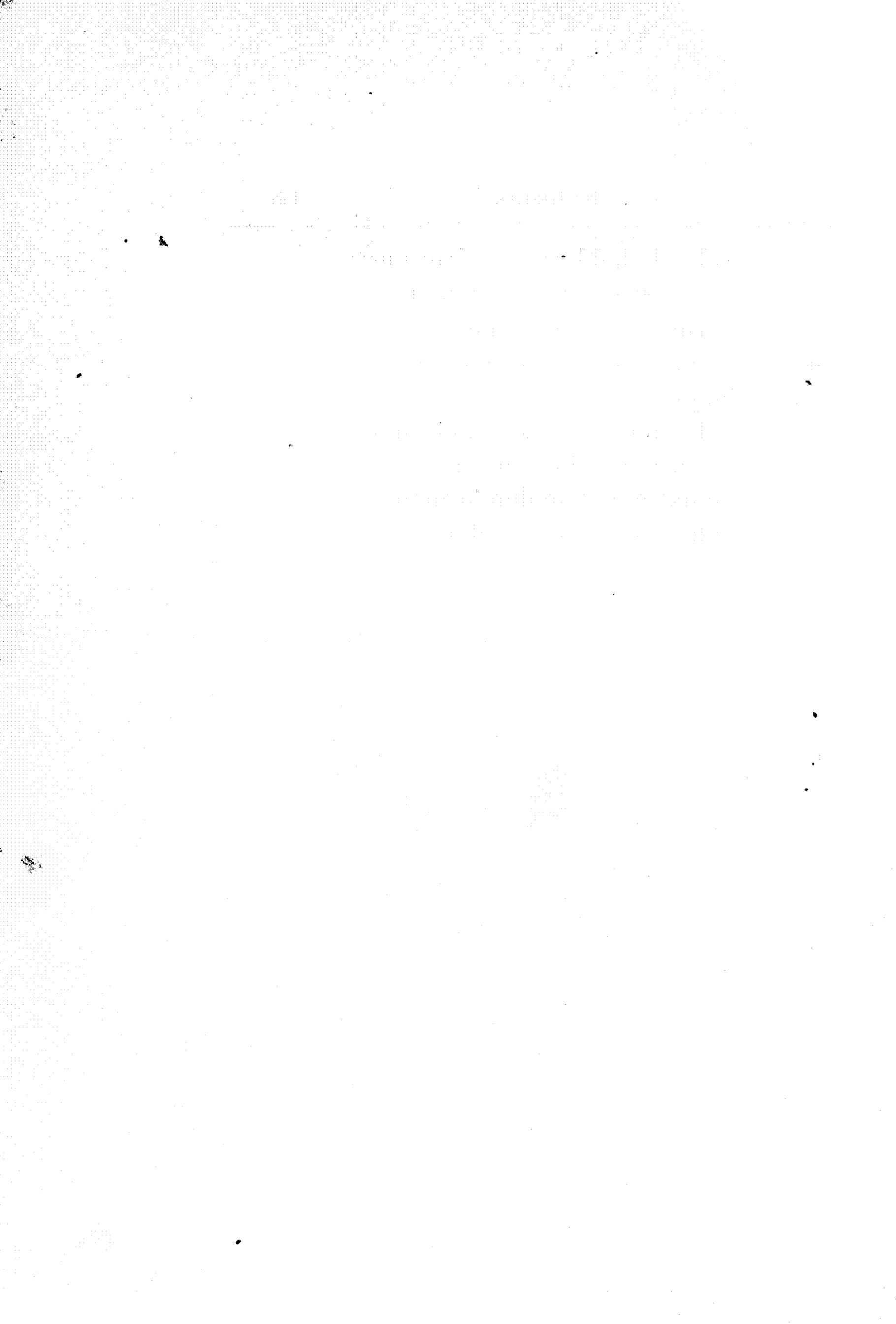
.....

Quedó, pues, el labrador
sumido en honda pobreza;
pero... ¡qué quieres, lector!

si he de hablarte con franqueza,
la historia no me contrista,
porque tengo para mí
que mientras el mundo exista
ha de haber casos así.

Lo que esta vez con el guano,
pasará en toda ocasión,
siempre que se den la mano
la ignorancia y la ambición.





de procedencias distintas,
expuso un pintor un lienzo
que la atención atraía.

No era el autor, ni con mucho,
ninguna eminencia artística,
y así lo probaban otros
cuadros con la misma firma;
pero en éste, aunque el asunto
era una cosa sencilla,
estuvo inspirado... ¡y creo
que basta que yo lo diga!

Coronando un cesto lleno
de nardos y margaritas
destacábase una rosa
que era un prodigio de linda.
Las demás flores del cuadro
nada, ó muy poco, valían;
pero como la belleza
siempre tuvo la exclusiva
virtud de prestar á todo
cuanto en torno de ella gira
en efluvios invisibles
parte de su esencia misma,
la rosa daba al conjunto
color y frescura y vida,

con provecho de las otras
flores sobre que se erguía.

Así, la turba profana
de gente que embebecida
se iba parando ante el cuadro,
lo elogiaba á maravilla;
pero, realmente, ninguno
de los presentes sabía
en donde estaba el efecto
de obra en conjunto tan linda.

Medio escondido entre el corro
y ébrio de inefable dicha
estaba el autor, atento
solo á la inconsciente crítica
que de los profanos lábios
de tanto mirón partía:
Uno elogiaba el encanto
de varias hojas marchitas
de algún nardo; otro encontraba
superiores las espigas
del tronco rosáceo; quien
daba á la bien entendida
forma del grupo su voto,
y hasta hubo quien las varillas
de mimbre del cesto hallaba

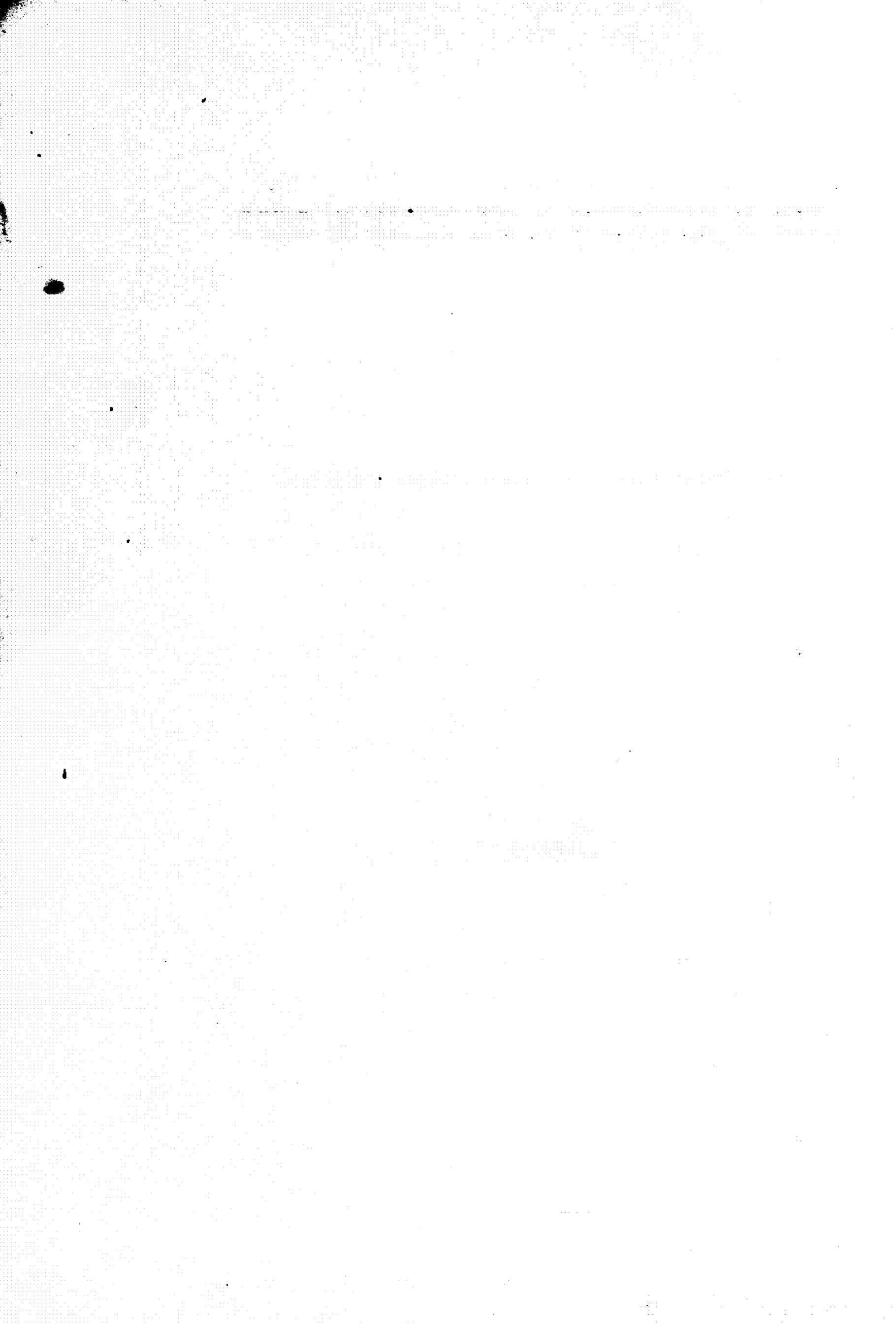
de inmensos elogios dignas...
cuando, repentinamente,
entró, sin duda atraída
por las flores, una abeja
y en la corola rojiza
de la inimitable rosa
paróse provocativa,
como diciendo: «Esto vale;
todo lo demás... *es filfa.*»

Así es que el autor, sintiendo
de rabia el alma encendida
al notar que así el encanto
del cuadro se descubría,
irguióse súbitamente
y alzando el bastón con ira
lo arrojó contra el insecto
(que al fin escapó con vida)
mas dando en el lienzo el golpe
quedó la rosa hecha trizas,
y la gente dijo á coro:
«¡Qué bruto es *su señoría!*»

Resulta pues, que hay autores
que, si alguna vez atinan,
en el elogio de cuatro

críticos de pacotilla
todo el soberbio edificio
de su vanidad fabrican.
Jamás la crítica entienden
cuando es atinada y fina
y siempre tienen dispuesta
una coz contra la crítica.
Bien, que esa clase de coces
solo á quien las dá lastiman,
pues son... como ciertos verbos...
es decir, ¡son reflexivas!







Los monos de las caperuzas.

Fábula IV.

Contóme una abuela mía
una historia singular
de monos, que ella sabía,
y ahora os la voy á contar
porque es una *monería*.

En unos bosques, famosos
por sus árboles frondosos
fecundos en frutos ricos,
ni envidiados ni envidiosos
vivían en paz los micos.

No teniendo más trabajo
que andar arriba y abajo

sin reposar un minuto
para desanir del gajo
el sabrosísimo fruto,
jamás aquel regimiento
de monos, hechos á estar
en constante movimiento,
se tuvo que preocupar
por cuestiones de alimento.

Solo había la excepción
de uno que, habiendo sufrido
de un miembro la amputación,
y que se hallaba impedido
para cualquiera ascensión,

no podía ¡trance duro!
dar alivio al desconsuelo
del hambre, hasta que de puro
estropeado y maduro
no caía el fruto al suelo.

Jamás se dolieron de él
al ver su suerte cruel
los demás, mas no os asombre,
porque el mono es siempre fiel
y exacta copia del hombre.

Mas siendo cosa probada
que el hambre el ingenio aguza,

tuvo una idea inspirada
é inventó una caperuza
de hojas de árboles formada,
tan graciosa, tan cabal
y, en suma, tan coquetona,
que, como era natural,
no hubo allí mono ni mona
que no quisiera otra igual.

Así es que desde aquel día,
él, trabajando á destajo,
gorras á todos hacía,
ganando con tal trabajo
cuanta fruta apetecía.

Así pasó más de un mes:
pero algún tiempo después
de aquel invento oportuno,
hubo dos monos ó tres,
á cual, sin duda, más tuno,
que viendo lo fácil que era
fabricar una montera,
vimieron á discurrir
que ellos podían vivir
también de aquella manera.

Hiciéronlo así al instante,
y aunque eran á trabajar

ya cuatro, daba, no obstante,
el oficio lo bastante
para vivir regular.

Mas... ¡oh sin par atractivo
del arte de hacer fortuna!
Aquel oficio exclusivo
tomaron por lucrativo
todos los monos á una,

y á los dos meses no enteros
hubo en tan fértiles zonas
dos mil monos marrulleros
blasonando de personas
y ejerciendo de gorreros.

Resultando, en conclusión,
que la fácil confección
de monteras, vino á ser
muy pronto una profesión...
que no daba de comer.

—
Cuando este cuento leáis
los que en ingenio sois ricos,
espero que no digáis,
porque á fé que os engañáis,
que estas son cosas de micos.

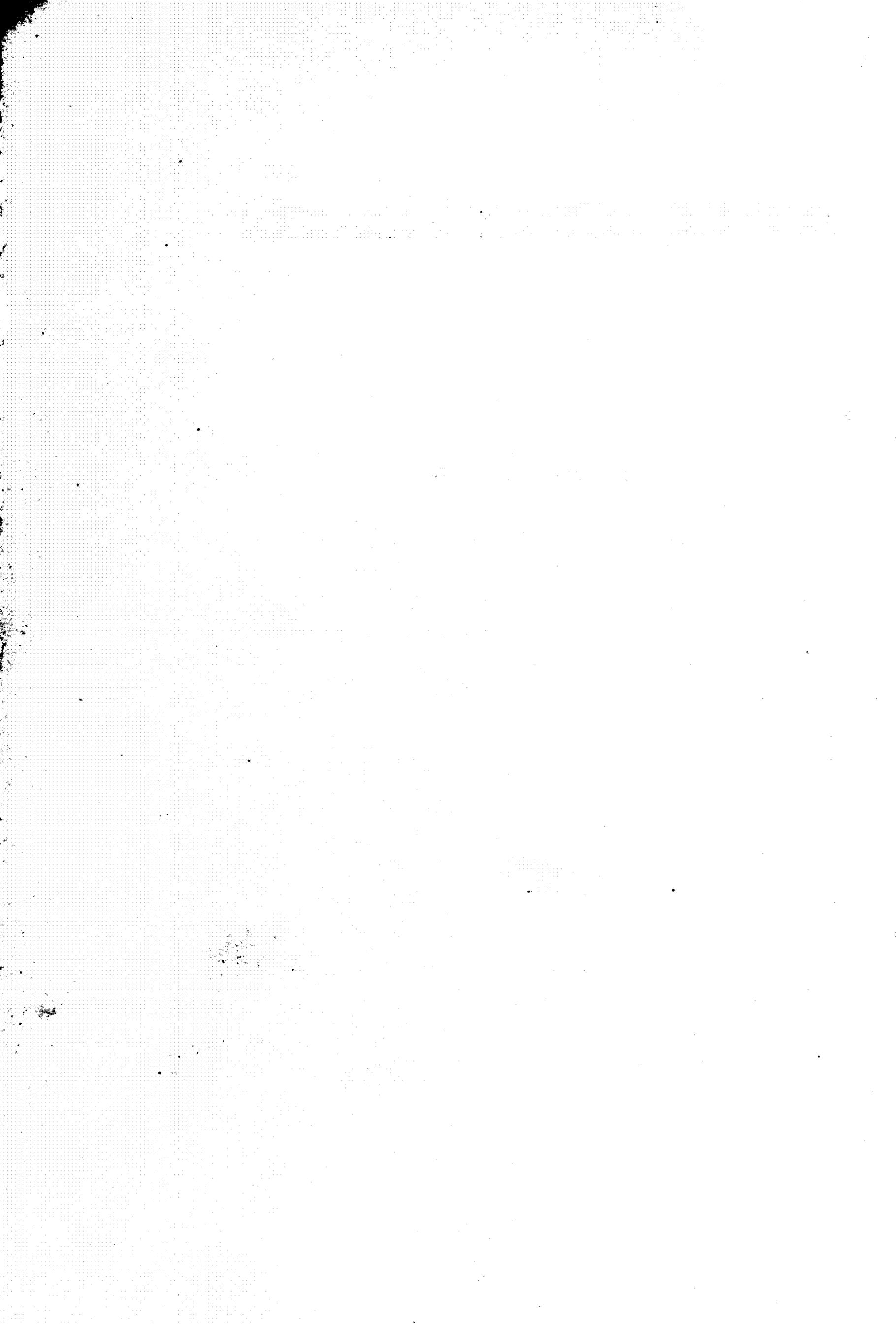
Invente un hombre industrialoso

cualquier medio provechoso
de vivir. Pronto en tropel
saldrá un grupo numeroso
con la misma industria que él.

Y si aun así es productiva
la explotación del invento,
pronto, faltos de inventiva,
para que ninguno viva,
vendrán á explotarlo ciento.

Y hay que confesar al cabo
que hacemos de un modo bravo
de monos de imitación...
¡que es la mejor condición
para no salir de ochavo!





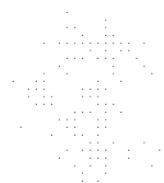


De tejas arriba.

Fábula V.

Próximo á este planeta
donde vivimos en constante duelo
(como dice un poeta
que no puede escribir media cuarteta
sin llevarse á los ojos el pañuelo),
pasó hace algunos años un cometa
de larga cola y gigantesco vuelo.
Y fué el astro en bellezas tan fecundo
qué tuvo más de un mes mirando al cielo
á todos los astrónomos del mundo.

Una noche algo oscura,
cuando era más magnífica y más bella
la ráfaga de luz que allá en la altura



marcaba el paso de la errante estrella,
cualquiera que se hubiese colocado,
con riesgo de romperse una costilla,
en la áspera vertiente de un tejado
que daba al tragaluz de una bohardilla,
aguzando el oído

hubiera ciertamente sorprendido
la siguiente burlona taravilla:

«Pues, si señor, amigo gato, ese
es el astro admirado
de tanto y tanto sábio trasnochado.
Pero, pese á quien pese,
la verdad es que ignoro
porqué ha tenido siempre el tal... *objeto*
de admiradores tan inmenso coro.

Desde luego respeto
de tanto admirador las opiniones;
pero fijese usted en esa estrella:
fijese bien en ella
y dígame después en qué razones
se fundan esos inclitos varones
para decir que es bella
y dedicarle elogios á montones.

Desengáñese usted; en esta vida
para que un mamarracho haga fortuna

basta que una eminencia conocida
esté de buen humor y se decida
á ponerlo en los cuernos de la luna.
¡Y no hay más! A partir de ese momento
verá usted á la gente más sensata
participar del mismo pensamiento
é ir tras él como burros de reata.
Pero... ¿á qué discutir, si es tontería?
¿Hay gracia en esa cola? ¿hay gallardía?
¿merece el tal cometa tanta fama?...
¡Vaya, confiese usted que, al fin y al cabo,
tiene razón la gente que le llama
estrella, sí señor, pero... ¡*de rabo!*»

La voz que se expresaba
en frases para el astro tan crueles,
era una voz extraña que sonaba
á crujir penetrante de papeles.
Y que sonara así bien me lo explico,
puesto que no era más, quien tal decía,
que una cometa de papel que un chico
arrinconada en el desván tenía.
En cuanto al otro que en silencio oía
de la cometa el desigual relato...
¿habré yo de decirlos quien sería?
Ella lo dijo al empezar: un gato.

Pues bien, lector; pasada una semana,
ocurrió que el chicuelo
se encaramó al tejado una mañana
á fin de dar á su cometa un vuelo;
y sucedió tambien que, al poco rato,
saltando del desván por la ventana
apareció sobre el tejado el gato.
Al ver á aquella desplegar la cola
y mecerse orgullosa allá en la altura,
dijo el minino: «¡Hola!
¡no me es desconocida esa figura!
Pero ¡calle! ¡ya sé! ¡No es usted aquella
que al mundo echa en la faz, como un reproche,
que califique de admirable y bella
á cierta errante estrella
que mirábamos juntos una noche?...
¡Pues, á fé que el asunto clama al cielo;
porque ¿á quién, sino á ella,
ha tomado usted en todo por modelo?»

Y el caso fué que, ante verdad tan cruda,
la cometa agitó sus cascabeles
y dió en subir avergonzada y muda;
mas su rubor no se notó, sin duda
porque eran colorados los papeles.

Parecerá mentira,
pero el hecho es, lectores,
que á mi ya no me admira
ver á ciertos autores
hablar con menosprecio y aun con ira
de algunos eminentes escritores
tenidos hoy por glorias nacionales
y (¡lo que son las cosas!) de los cuales
resultan á la postre imitadores.

¿Pretenderán desorientar con eso
para apartar de su cabeza el peso
del bochornoso plágio? *¡Ecco il problema!*
¡Vaya que tiene sal la travesura!
Pero... con este cura
no les vale tan burda stratagemma.







El gallo de los postizos.

Fábula VI.

Un gallo que ya veía
las orejas á la muerte,
dió en la estúpida mania
de hacer ver que todavía
se hallaba joven y fuerte.

Y como el tiempo cruel,
sus iras cebando en él,
le fué quitando á tirones
la cresta, los espolones
y hasta parte de la piel,

él, que era gallo de maña,

puso en práctica una treta:
que fué salir á campaña
con espolones de caña
y una cresta de bayeta.

Creyéndose seductor
en esta guisa especial,
con indecible candor
se puso á hacer el amor
á las *damas* del corral.

Pero aquellas insensatas
burláronse de él, ingratas,
porque advirtieron acaso
que le temblaban las patas
al intentar dar un paso.

Y aún puso de manifiesto
más su extremada vejez
cuando, irritado por esto,
á un pollo joven y apuesto
quiso hacer cara una vez;

pues llevó tal recorrido
aquel viejo presumido.

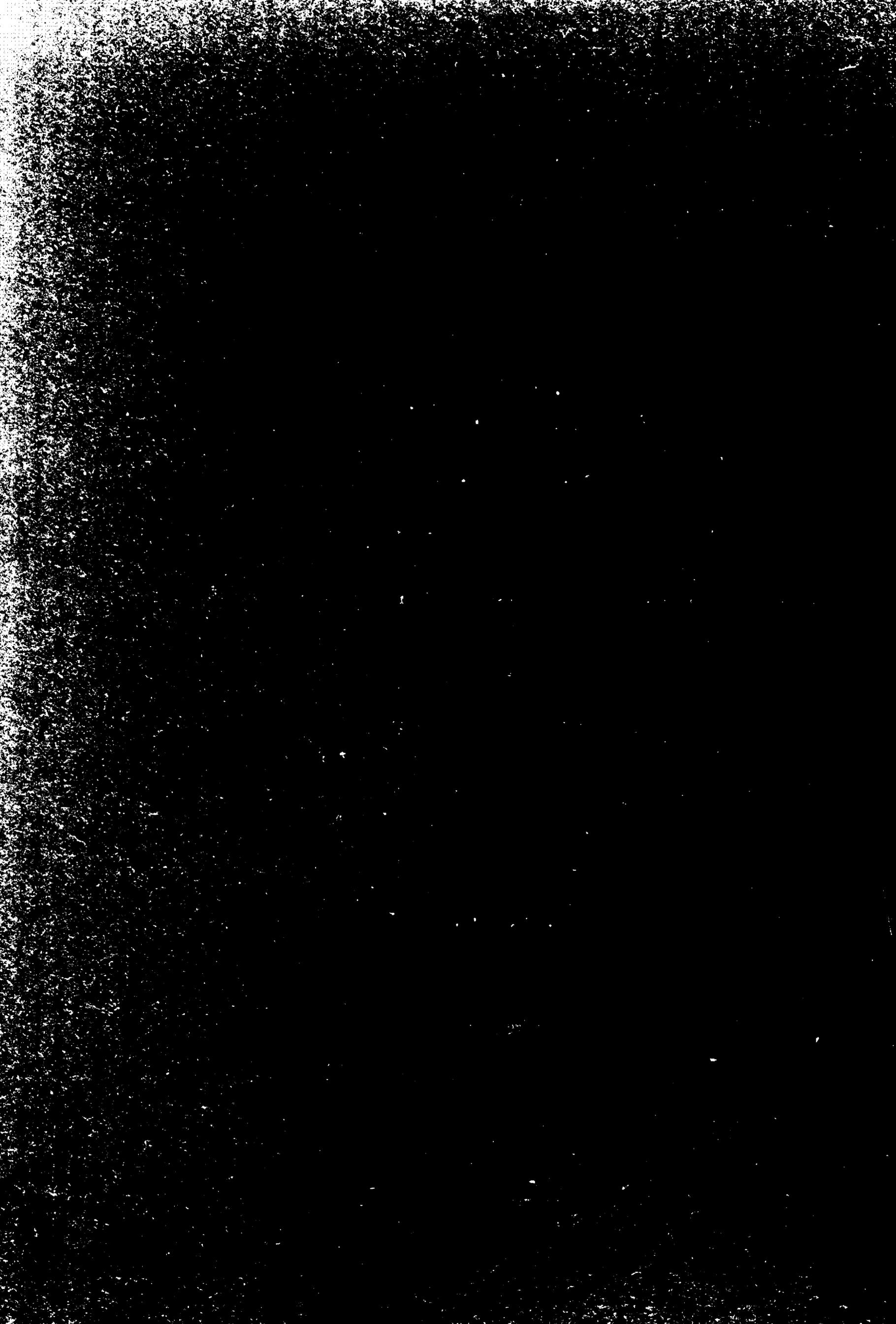
que al fin llegó de la fiesta
sin espolones, sin cresta
y magullado y vencido.

Y entonces se dió á pensar,
de un infinito pesar
sumido en el negro abismo,
que él, que á todos fué á engañar,
solo se engañó á si mismo.

Solitario y errabundo,
desde entonces su vejez
soporta meditabundo.
Pero... ¿es la primera vez
que esto sucede en el mundo?

Sirva al gallo de consuelo
que hay entre los hombres más
de un impenitente abuelo
que crée, tiñéndose el pelo,
engañar á los demás.





FERMIN GIL DE AINCILDEGUI

LA COMETA

(Fábula premiada en el certamen celebrado por la
Sociedad Artística Almeriense, en Diciembre de 1895.

LEMA.

«A todos y á ninguno..»



SECRET

SECRET



LA COMETA

FÁBULA

Con sonoros cascabeles
pegados al rededor,
luciendo el vivo color
de caprichosos papeles,
y fuertemente sujeta
á un hilo, que retenía
un muchacho, se mecia
en el aire una cometa.

De mil flecos juguetones
luciendo doble aureola
y formando con la cola
gallardas ondulaciones,
daba en el aire señales
de ir á remontarse al cielo,
con el orgulloso vuelo

de las águilas caudales.

Soberbia y provocativa
por la altura á que se hallaba,
hasta las torres miraba
con desprecio desde arriba.

Y era, entretanto, de ver
al chico de nuestro cuento
con qué dulce arrobamiento
y qué inefable placer,

las graves ondulaciones
contemplaba de la que era
soberana verdadera
de aquellas altas regiones.

De pronto, la soledad
turbando del ancho espacio,
presentándose despacio
y lleno de majestad,

como evocado á ascender
de la alta cima de un monte,
pasó por el horizonte
un airoso mongolfier.

Al verle mudo cruzar
el espacio á su albedrío,
la cometa, no sin brio,
del chico empezó á tirar.

—«Te advierto que ese me reta—
le gritó.—suelta el cordel;
verás si lo que hace aquel
puede hacerlo una cometa.

Yo como él libre he nacido,
y no sé por qué razón
se ha de limitar mi acción
á espacio tan reducido.

¡Suelta, suelta,—repetía,—
verás si lo alcanzo presto!...»

Y, claro está, todo esto
la cometa lo decía

con viradas vigorosas,
terribles de resistir,
que es como saben decir
las cometas esas cosas.

Y tanto y tanto insistió
en su temerario empeño
de ser libre, que el pequeño
propietario, ¡cómo no!

si bien lleno de ansiedad
y como nunca intranquilo,
le dijo soltando el hilo:

—«¡Hágase tu voluntad!»

.....

Si hasta aquí todo iba bien,
fué en este instante lo bueno,
que, una vez perdido el freno
que era todo su sostén,

al verse en el aire sola
la cometa á su albedrío,
cabecó, se hizo un lío
con los flecos y la cola.

y cayó de tal manera.
con tal precipitación,
que fué á dar contra un balcón
destrozando la vidriera.

—

Yo, que esto vi, certifico
que, casi rojo de ira,
(y esto parece mentira
que se le ocurriera á un chico)

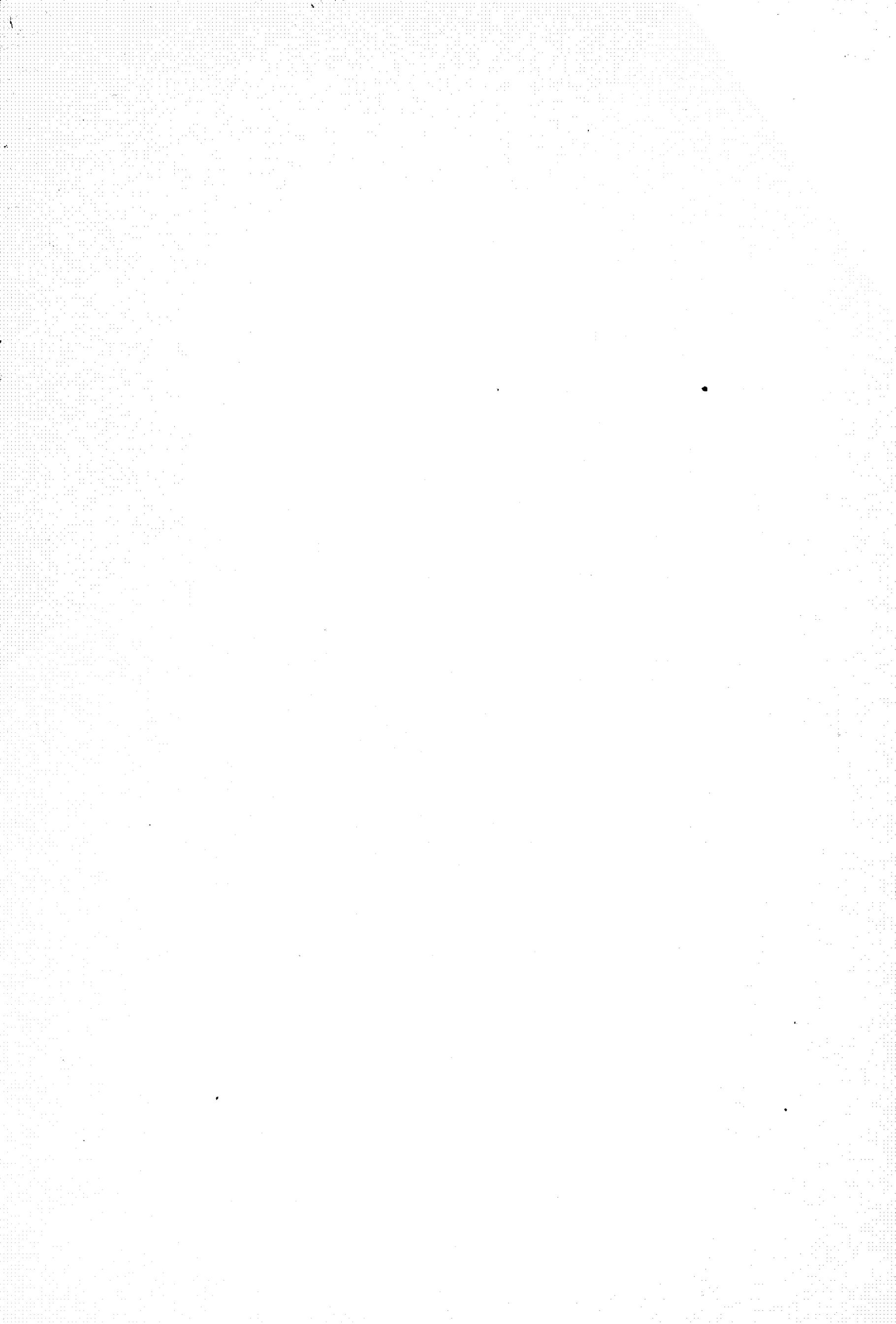
senti al muchacho exclamar,
su cometa al recoger:

—¡El caso era de esperar!

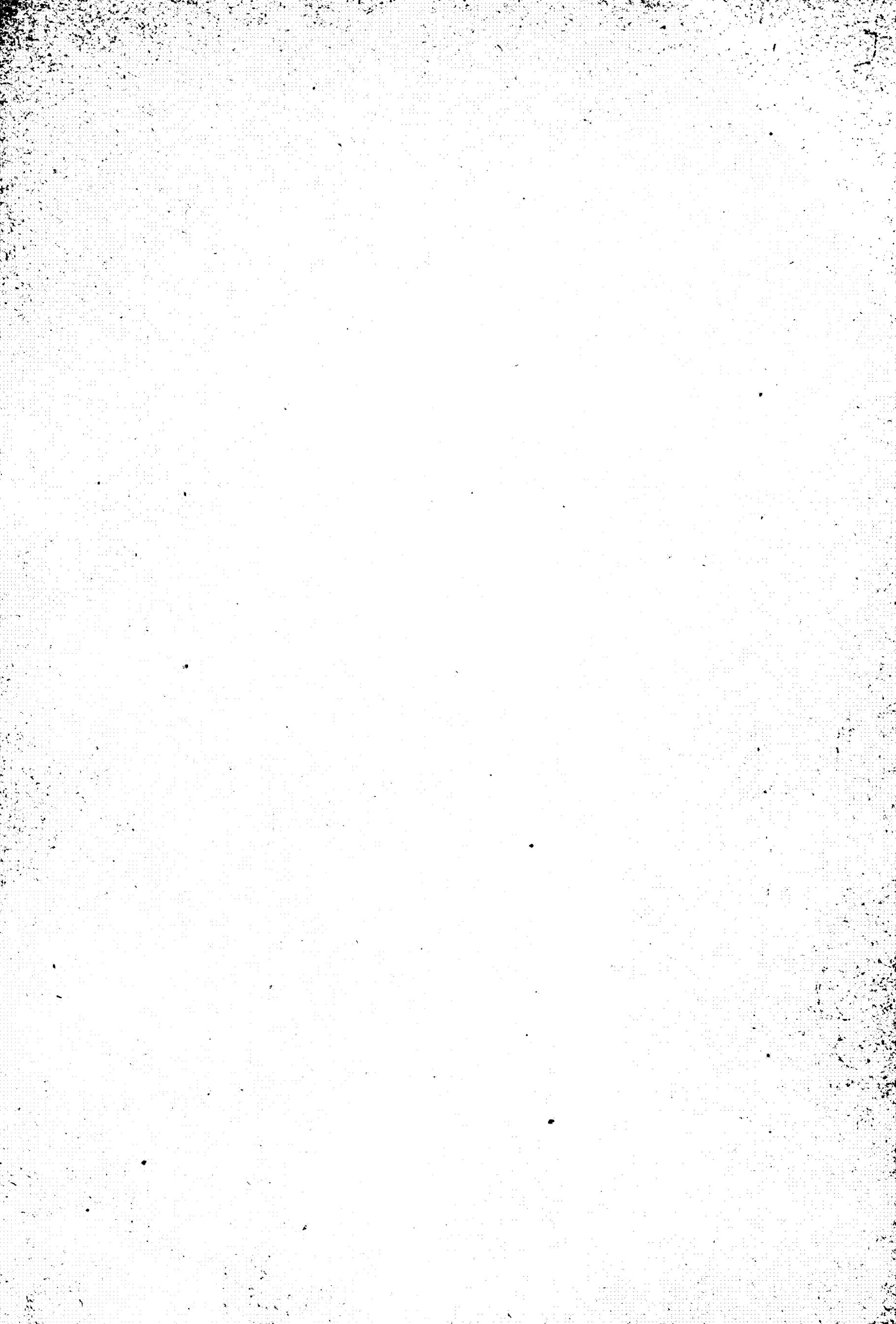
¡La libertad debe ser...

para quien la sepa honrar.











0
047 300
352